

Rincón del libro

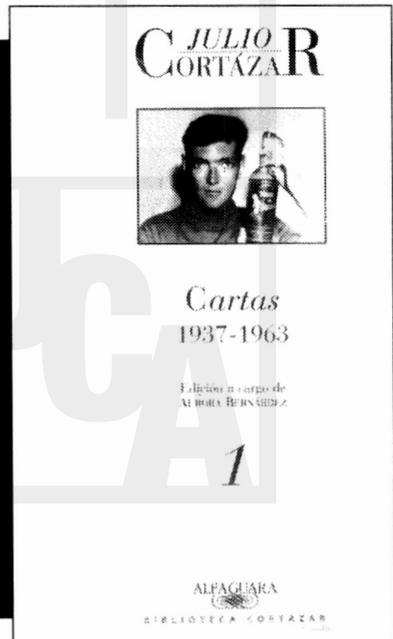
LUIS ALVARENGA

Julio Cortázar: *Cartas*. Volumen 1 (1937-1963); Volumen 2 (1964-1968); Volumen 3 (1969-1983). Edición a cargo de Aurora Bernárdez. Editorial Alfaguara, Buenos Aires, 2000, 1838 pp.

¿Por qué leer la correspondencia de un escritor? ¿No basta con leer su obra para dar con el corazón delator, que se expresa a su aire en la ficción? Probablemente, leer la correspondencia de Joyce a su esposa Nora Barnacle no nos proporcione mayores elementos para entender su obra de una manera más profunda. Más bien, nos deja con la asquerosa sensación de convertirnos en *voyeurs* de una pasión que no nos concierne. Nos basta y sobra con la geografía afectiva de Dublín que se traza en *Ulises* para amar la palabra joyceana.

No pasa lo mismo con la correspondencia de Julio Cortázar. Sus preocupaciones estéticas, personales y políticas atraviesan las líneas de su correspondencia. Gracias a la labor de la escritora Aurora Bernárdez, intelectual de primera línea a la cual no es lícito conocerla como «la primera esposa de Cortázar», pues no es su sombra, esta correspondencia con amigos, editores y colegas completa el importante legado cortazariano.

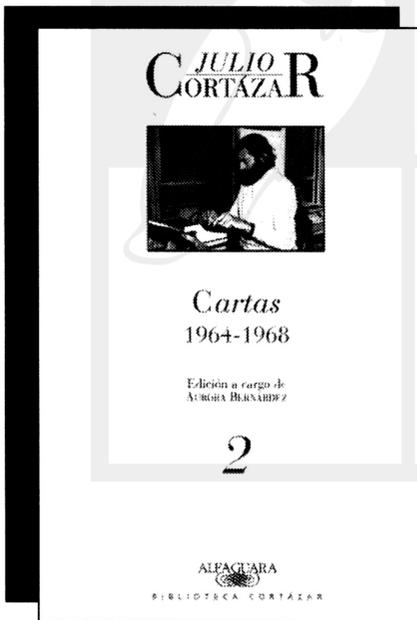
Estamos ante un legado epistolar que comienza cuando el autor tenía apenas veintitrés años y era un joven profesor de literatura en una provincia, hasta 1983, poco antes de su muerte en París. Aunque en las primeras cartas —sobre todo, en aquellas dirigidas a sus amigas— aparezca demasiado circunspecto con relación a su madurez, podemos encontrar en germen muchas cosas importantes: su conocimiento de la cultura europea, su dominio de varias lenguas —con una de sus amigas se cartea en in-



glés— y su sentido del humor, revelado en estas palabras: és— y su sentido del humor, revelado en estas palabras: «Perdóname las innumerables faltas de estilo, pero no pienso hacer borrador y pasar luego en limpio la carta. Te escribo directamente, ya que no me preocupa el temor de tanta gente que está a la espera de que se publiquen, en la edición de las ‘Obras Completas’, las correspondientes colecciones epistolares. Por lo tanto, si deseas modelos de estilo, dirígete a don Leopoldo Lugones (senior, naturalmente, porque el junior...) y sabrás lo que es limpieza de conceptos y elegancia de factura» (p. 28). O esta otra, dirigida a Marcelle Duprat en 1940: «Ya sé que cuando yo muera (de alguna manera rara, ya verá) ustedes, los amigos publicarán mis obras completas y que, en bellos apéndices, agregarán mi copiosa

correspondencia. Por lo tanto tengo que lucirme» (p. 95) Palabras irónicas, pero proféticas a pesar suyo. A Cortázar le interesaba escribir para sus búsquedas interiores y exteriores, no para la galería.

Si en la década de 1970 se conocieron sus posiciones estéticas, sobre todo en la polémica en la que también tomaron parte Óscar Collazos y Mario Vargas Llosa, poco después de cumplir los treinta años, ya Cortázar dejaba constancia de que la literatura debía ir más allá de los motivos coyunturales o provincianos: «El problema del ser, por ejemplo, vale tanto ahora como dentro de cinco siglos, mientras que una oda a la plaza de la República —perdón por el ejemplo— está sujeta a la decadencia de su tema, a la circunstancia que la motivó. Por eso es que Andrade, Guido Spano y Almafuerce son decididamente insoportables, mientras que Rubén Darío resiste el embate del tiempo. Y no creo que haya contradicción en el hecho de que una obra que narra hechos circunstanciales, como por ejemplo *La Iliada*, siga apasionando a todo espíritu sensible a la belleza; porque el sello del genio está precisamente en dar universalidad a lo particular, en convertir una circunstancia en un arquetipo» (pp. 49-50). Interesa mucho esta observación sobre las limitaciones del pensamiento filosófico: Le escribe a su amiga Mercedes Arias: «Hizo bien en seguir Letras; me alegro sinceramente. Las disciplinas filosóficas tienen una motivación íntima, y si no se siente ‘the call’ en forma irresistible,



de nada vale lanzarse a las sendas del pensamiento crítico; además, para una visión clara del mundo, yo sé que usted tiene conocimientos hartos suficientes. Lo demás —se lo digo con una amarga experiencia— es girar inacabablemente en torno al mismo eje. / Lo literario, en vez, supone una frescura, una renovación constante. El espíritu y la carne se expanden allí libremente, sin trabas ni presupuestos. Todo termina, al fin, en una línea poética» (p. 111).

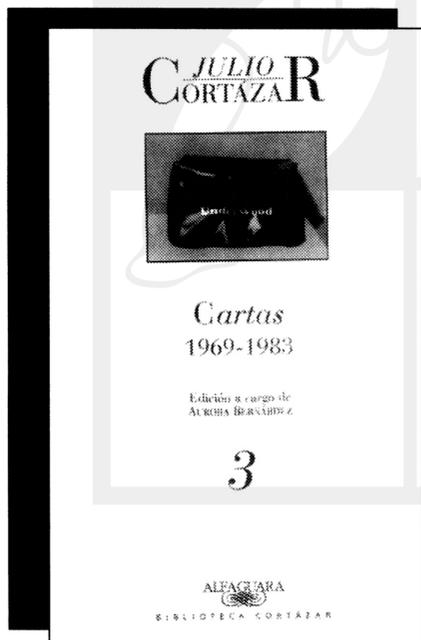
Sus tareas como traductor de la UNESCO le permiten conocer muchas ciudades. Sobre Viena, tiene una impresión con la cual Musil hubiera concordado: «Viena está muy bien durante un mes, porque el barroco merece verse, y un museo donde hay 16 Brueghel y 8 Velázquez no se encuentra así nomás; pero

pasado un mes y una vez que se ha conocido la Ópera y se han saboreado las diversas cervezas, se descubre que la ciudad es bastante provinciana, que la barrera del idioma es casi angustiosa, y que cuando se tiene la suerte de contar con una casa en París lo único inteligente es habitar en ella lo más posible» (pp. 394-395).

Sería largo enumerar todos los hechos históricos y culturales de los cuales Cortázar es testigo y cronista en estas cartas —la II guerra mundial, el ascenso y caída del peronismo, el triunfo de la revolución cubana, el caso Padilla, el entrevero de la revista *Mundo nuevo*, el asesinato de Roque Dalton, la victoria del sandinismo...—, así como la cantidad de escritores, editores, traductores, amigos a los que dirige sus líneas —Claribel Alegría, Aurora Bernárdez, José Lezama Lima, Roberto Fernández Retamar, Saúl Yurkievich, Francisco Porrúa, Gregory Rabassa, Paul Blackburn, entre otros—.

Una de las riquezas de este epistolario son las impresiones vívidas acerca de estos autores: la integridad de Roque Dalton, que se opone a que en Cuba se juzguen las actuaciones de Vargas Llosa en ausencia del novelista peruano; la amistad cariñosa de Claribel Alegría y Bud Flakoll; la gratitud hacia Aurora Bernárdez.

Se nota que su generosidad estaba acompañada de una severidad hacia lo que no consideraba digno. Sobre Ernesto Sábado escribe, al crítico uruguayo Ángel Rama: «...pienso en



alguien como Sábato que ahora se pone al frente de un grupo de protesta por la cuestión de los desaparecidos, y que afirma con tanta frescura 'que ya es tiempo de que en el extranjero se enteren de lo que pasó en la Argentina'. ¿Y qué han hecho decenas y decenas de escritores y periodistas exiliados en estos años, sino denunciar diariamente en coloquios, diarios, radios y libros el

drama argentino? Y me paro aquí porque me da asco seguir» (pp. 1759-60). También están cartas que dejan testimonio de sus pleitos con editores oportunistas y de sus interesantes discusiones con traductores de su obra y cineastas.

El epistolario del escritor argentino es un tesoro valioso para quienes la obra del Cronopio ha ayudado a abrirles el mundo.

